

EL ENCERRADERO

POR JOSE BRUNO

Día de sol y ambiente de fiesta. En el encerradero de reses bravas, junto a la vía del ferrocarril, cerca de Sevilla, van a encajonarse los toros que se han de lidiar en remota plaza del Norte. Un caminito bordeado de naranjos fragantes nos lleva hasta las encaladas casas del encerradero.

Siempre resultan de profundo interés estas operaciones de ganadería, pero hoy la faena va a tener además cierto atractivo exótico, original, extraordinario: una compañía de cómicos de *cine*, norteamericanos, ha pedido autorización para aprovechar el encajonamiento de los bichos y hacer una película de toreros.

En esta paz netamente andaluza, de luz fuerte y escenario majestuoso, los extraños y refinados trajes de las rubias actrices ponen una nota tipicísima. Todo lo curiosean con atención los admirados huéspedes. Un operador sitúa su cámara en diversos sitios, estudiando el terreno. Insospechada máscara, un italiano, criado en Los Angeles, con los ojos pintados, chaqueta corta, faja de colores y calzón estallante, va de un corral en otro, y remeda a los vaqueros, tipos de raza, cetrinos, enjutos y derechos; y observa a los marqueses ganaderos, recién casados, con flamencos sombreros anchos ella y él, zahones lustrantes y caireles historiados, de plata; los dos jóvenes acaban de llegar, han descabalgado de soberbias jacas pías, gemelas, y saludan con sonrisa de idilio.

La mañanita virgiliana, llena de sol, guña en las coloreadas florecillas, bajo las añilados cielos, y el aura se perfuma en las hojas de los naranjos.

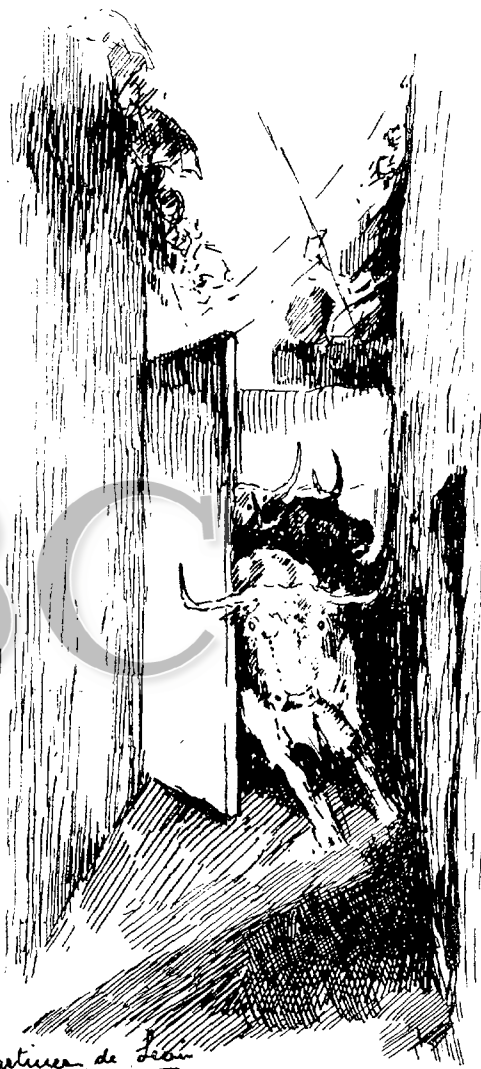
Ceremoniosamente, los dueños de la finca obsequian a los convidados con atenciones francas, de franqueza meridional, y no paran de ir de un lado a otro, y están en todas partes. Una graciosa actriz, oxigenada, de ojos falsos, sube a una yegua, se arregla los faralaes de su vestido y sonríe delante de dos máquinas, mientras el director, sudoroso, le da en inglés instrucciones, aconsejadas en francés por un joven sevillano que acompaña a los pelicularos.

De pronto, allá, en el silencio bucólico del camino, rumorean los cencerros y campanillas del ganado que viene, y se produce una emoción inefable... Luego, entre los vallados, asoma la figura de un garrochista, en presumido caballo, la pica al hombro y echado el barboquejo; síguete al lado el cabestro guía, y detrás, toda la abigarrada masa de toros y bueyes...

—¡Pajarito...!—clama una voz en la expectante serenidad...

Los toros entran en el manchón, reposan un rato, comiendo en las cajas de granos que allí se les han puesto, y mientras, se ultiman los preparativos en los corrales. Aquí, los pesados cajones se acomodan a las siete puertas del callejón estrecho. Un cómico huye espantado y gana un burullero ante el operador, que maniobra gravemente. Y en una ventana, entre macetas y casi tapada por las campánulas trepadoras, la protagonista pela la pava con Mr. William, el mocito picador de chaquetilla color de sangre. Llegada la hora,

los toros son conducidos, en carrera creciente, por los cerrados palos de la *maná*: resaltan, entre la desgarrada osamenta de los mansos, las moles redondas de los toros, jóvenes, de pelo fino, astas agudas, papada curva, manos cortas y prontas. El caballista delantero se ha entrado con el



caballo por una puerta lateral que tras él se cierra, y queda el ganado barajándose en círculo con estruendo de latón y metales. A poco, entre la curiosidad de los que se sitúan en la azoteilla, van los animales entrando en el callejón recto a que están adosados los cajones; déjase pasar el cabestro, pero dicen: "¡Toro!" Y con picas y cuerdas ciérrase un espacio, y no le queda otra salida que el cajón al extrañado bicho; se le